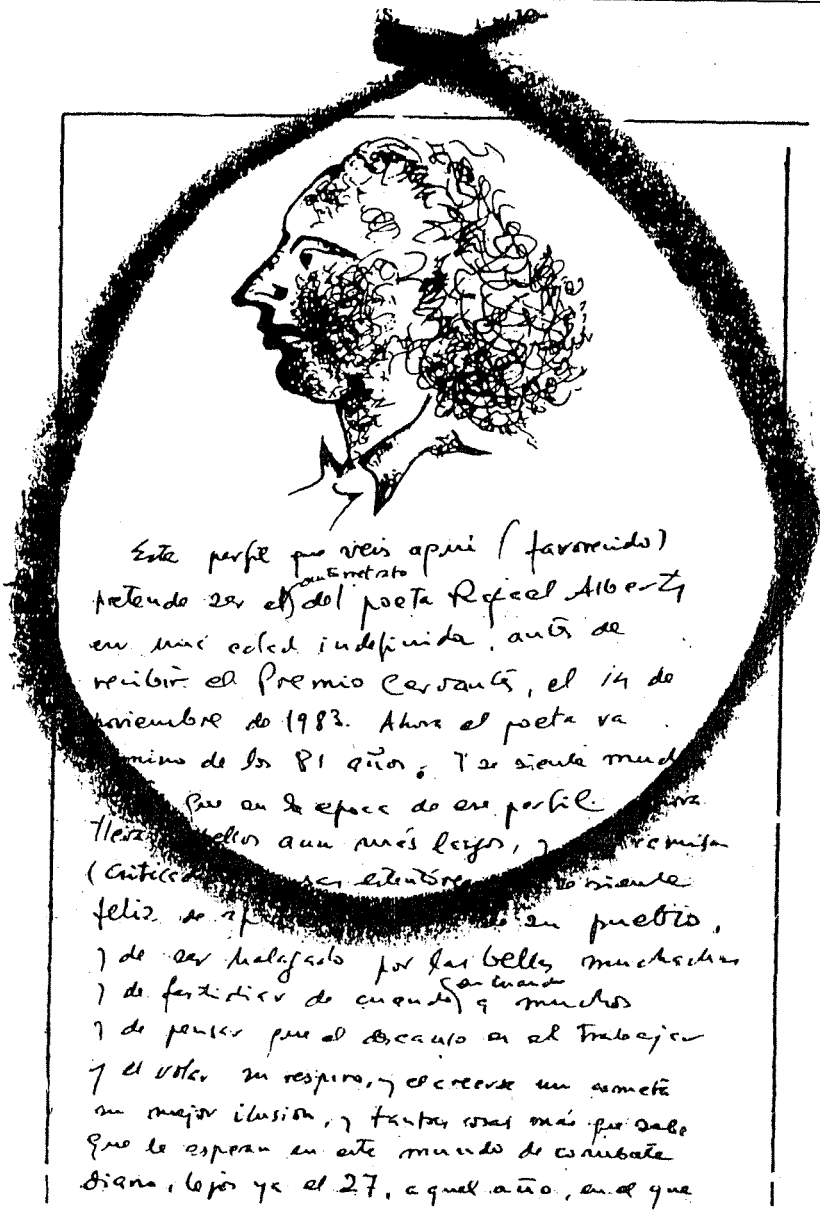


Rafael Alberti recibe el Premio "Cervantes"

Continúan todavía los ecos del otorgamiento a Rafael Alberti, un poco en extremis, del Premio Cervantes.

Mientras la Academia de Venezuela no oculta su fastidio, Alberti lo ha festejado al grito de "¡Qué maravilla, qué maravilla!".

Es más: durante la larga tarde que pasó tomando café, comiendo algunos dulces que le están prohibidos y esperando lo que decidía el Jurado que estaba reunido, dibujó su propio autorretrato. Y ya recibido el premio, escribió otro autorretrato, éste literario. Ambos aparecieron en *El País* de Madrid, de donde los tomamos por juzgarlos de especial interés para nuestros lectores.



Autorretrato del poeta en una edad indefinida

Este perfil que veis aquí (favorecido) pretende ser el autorretrato del poeta Rafael Alberti en una edad indefinida, antes de recibir el Premio Cervantes, el 14 de noviembre de 1983.

Ahora el poeta va camino de los ochenta y un años. Y se siente mucho mejor que en la época de ese perfil.

Ahora lleva cabellos aún más largos, y usa camisas (criticadas camisas) estentóreas, y se siente feliz de aparecer delante de su pueblo, y de ser halagado por las bellas muchachas, y de fastidiar de cuando en cuando a muchos, y de pensar que el descanso es el trabajar, y el volar, su respiro, y el creerse un cometa, su mejor ilusión.

Y tantas cosas más que sabe que le esperan en este mundo de combate diario, lejos ya el 27, aquel año en el que con sus leales amigos poetas inició un largo camino hasta llegar, en medio de tantas tribulaciones y desprecios, a este final de siglo, en el que en vez de sembrar trigo se siembran misiles y la verde esperanza se ve ahogada con aquel verde mar de sus felices días gaditanos, blancos de cal y azules maravillosos.

Bergamín ayudó a Alberti

Era una mala broma que Cela o Uslar Pietri compitiesen con Rafael Alberti, que es, con Aleixandre, lo que va quedando vivo de la gran poesía española de la República, para el premio Cervantes. Más aún lo había sido que, antes que Rafael Alberti, hayan alcanzado dicho premio Gerardo Diego o Luis Rosales (!) Como es simplemente espantoso —si no fuera absolutamente natural— que Rosales o Diego hayan obtenido las glorias generales del Premio Cervantes y haya muerto sin él (y sin ninguno) la máxima figura espiritual cuyos huesos livianos descansan, terminado ya el viaje, en el cementerio de Fuenterrabía: Don José Bergamín.

Una conocida revista española, a propósito de la muerte de Bergamín, nos contaba hace algunas semanas, con la firma de Ignacio Alvarez Vara:

"La Academia (Española de la Lengua) no perdonó a Bergamín el agravio de su desprecio. Con ocasión del fallo del último premio Cervantes, el galardón literario que otorga el Estado español y que por su dotación económica, es conocido como el 'Nobel hispánico', la Academia Española influyó decisivamente para que la distinción no recayera en Bergamín. Tanto la Academia mexicana como la uruguaya habían presentado a Bergamín como candidato. En vísperas del fallo, además, Bergamín hizo fe renovada de su republicanismismo. 'La impertinencia' política de Bergamín ha estado presente en su obra literaria de manera casi obsesiva a lo largo de cincuenta años". ("Camino 16", no. 614, pág. 84).

En un trecho anterior del mismo artículo, el mismo Ignacio Alvarez Vara nos informa el porqué de ese rencor (y miedo) de la Academia a Bergamín.

"La Academia Española de la Lengua fue, en conversaciones privadas, objeto de sus burlas y de su desdén. Nunca buscó ser académico —es conocido que para ingresar en la institución es preceptivo implorar la posible designación a tres miembros de la misma; cosa que repugnaba a su orgullo— ni sintió por la Academia el mínimo respeto. En su comedia titulada "Los filólogos", de 1978, una obra apenas conocida, hizo una sátira feroz de los académicos,

menos sospechosos de debilidad política, Menéndez-Pidal, Navarro Tomas y Américo Castro."

Cuando el 28 de agosto último se murió Bergamín en San Sebastián "desterrado" ahora dentro de España como lo había estado antes, por décadas, fuera de ella, España entera se enteró de golpe de la deuda que tenía con él y no había cumplido. "El País", que no le había dado sitio en sus páginas, le dedicó prácticamente un suplemento. De golpe, aquel hombre tan insoportable en vida, por su radicalismo, su coraje y su pureza, pasaba a ser —muerto— la figura que concentraba el sentimiento colectivo de culpa por ingratitud. Pudo España decir aquello de Churchill cuando supo la muerte de Lawrence de Arabia: "Teníamos al unicornio en nuestras caballerizas y lo habíamos ignorado".

La misma revista ya citada, por ejemplo, recoge dos semanas más tarde, este avergonzamiento colectivo: "La muerte de Bergamín tuvo ecos múltiples, la personalidad austera y siempre a la contra del escritor que decía de sí mismo que 'estaba en su tercer exilio' en S. Sebastián, y que muchos creen que murió de asco, ha dejado sin cobrar una deuda que la cultura española tendrá en su pasivo. Bergamín se fue sin el reconocimiento oficial de su obra, y así lo cree Guillermo Cabrera Infante". ("Camino 16" N.º. 616, pág. 96).

El mismo Cabrera Infante, consigna: "Siento que no haya llegado (Bergamín) a tener el premio Cervantes, recibido en cambio por alguien tan horrible como Luis Rosales".

Muerto Bergamín, honrado Aleixandre con el Premio Nobel, quedaba ahí, suelto, apremiado e incómodo Rafael Alberti, gran poeta y legendaria figura de la generación que todos llaman mal del 27 y que Bergamín quería se llamara (sólo el se animaba a decirlo así en la España de hoy, "generación de la República").

Por supuesto muchos se opusieron, como el triste matutino ABC, a que le dieran el premio a Alberti, por su militancia comunista.

Debió doler mucho este aspecto. Pero aparte que el dicharachero y pajarero Rafael no es hombre como Bergamín de proclamar verdades que duelan, la España oficial, que es la que da realmente el premio, no pueda asumir que Alberti, que nació en 1902, se le muera un día de estos y la falta de reconocimiento burocrático vuelva a marcar, como en el caso de Bergamín, una histórica responsabilidad.

Fue así que, tardíamente inscripto por la Academia colombiana (única que lo propuso en tanto que, once Academias proponían a Uslar Pietri!), Alberti fue galardonado. (A Uslar lo proponían las Academias de Argentina, Chile, El Salvador, México, Panamá, Perú, Dominicana, Uruguay, Venezuela, EE.UU. y Filipinas).

Cada vez que algún gran escritor acepta el Cervantes sentimos pena. Fue pena que lo aceptara Onetti, después de toda una vida de independencia y desprecio por ese tipo de 'honras', inconciliables con la verdad arisca y última del artista. Fue pena honda que lo aceptara Borges, y que lo aceptara con tuberniado con Gerardo Diego. Mucho más pena es que Alberti no tire ahora ese premio por la cabeza de quienes dándosele, después que a Rosales, vienen a componer la figura.

Bergamín, seguramente, no lo hubiera aceptado.

Lo hubiera aprovechado —esa es una de las razones por las cuales no lo obtuvo— para denunciar todo lo que hay detrás de estas cosas.

El jurado que aprobó el Cervantes para Alberti estaba formado por el Ministro de Cultura (se llama Javier Solana), el Secretario de la Academia Española de la Lengua, el Presidente de la Academia Salvadoreña, Alfredo Martí-

nez Morana (nada que ver), el Presidente del Instituto de Cooperación Iberoamericana (un funcionario), un catedrático de literatura, el Director General del Libro (otro funcionario), el Director General de Relaciones Culturales de Asuntos Exteriores (otro funcionario y éste, por añadidura, de la diplomacia) y el poeta ("el horrible" dice Cabrera Infante) Luis Rosales.

El que seamos admiradores, defensores y entusiastas de esta renacida y regenerada España democrática a la cual tan larga vida deseamos, no impide reconocer que el precedente conjunto de intereses y mentalidades burocráticas no parece el más indicado para actuar el imposible papel de algo así como Suprema Sala de Justicia de la Cultura correspondiente al idioma, con autoridad para clasificarnos y catalogarnos los hombres rectores del espíritu y decirnos, no sólo quién se ha permitido ser quién en la vasta redondez del imperio lingüístico donde sigue sin ponerse el sol, sino también cuál debe considerarse, cada año, el más alto.

En suma, que el otorgamiento oficial por el Estado de estos premios y su aceptación por el agraciado, suponen como la composición o acordamiento entre el establishment y el artista. Con el artista agradecido.

Una obligación de lealtad para con la gran figura de José Bergamín nos obliga a escribir estas líneas.

No podemos dejar de imaginar sin embargo, aquella risa bondadosa y divertida, con la que Bergamín corregía muchas indignaciones de sus más jóvenes amigos. "Pues claro está", diría. "Pero si así es" —diría—. "Si los premios están para eso".

Si en vida despreció todas las ventajas y todas las vanidades, y salió a provocarlas y a denunciarlas ¿qué será ahora desde el otro lado?

No es mucho sin embargo que al recordar el brillo de aquellos ojos de Bergamín que jamás inclinaron la mirada, los de muchos de sus discípulos se nos empañen de orgullo.

Los premios Cervantes no son nunca para los Bergamín.

Después de todo, tampoco le tocó ninguno al pobre Cervantes.

M. F. M.